

LA COLA DEL AÑO



Después de l
31 de diciembre,
el año ha segui-
do coleando. Co-
mo que para al-
gunos el 1952
resultó, por aho-

ra, el año más largo de la era cristiana. Para los que cuentan los días por jornales o sueldos, ha tenido 21 días más, o 30, según la condición laboral del perceptor.

En las empresas deja el recuerdo de ser el año más difícil de liquidar. La prueba es que, ya se había instalado en su lugar el 1953, y aún se prolongaban las inquietudes y los problemas del 1952, que no son heredables por el sucesor.

De todo este fenómeno, el aspecto más insospechado, es el de haberse descubierto una posibilidad de aumentar los días del año, sin quebrantar la solidez histórica del computo gregoriano. Cierzo que el 1952 fué bisiesto. Pero el estrambote de los años clasificados como tales, solía ser más corto que el de los sonetos. Solía reducirse a un día, como si dijéramos a un verso.

El 1952 fué un bisiesto distinto. Con un febrero muy completo, para todos mortales, y además, con un regalo de 30 o 21 días para ciertos trabajadores, con los que no solían ser muy dadivosos

los Reyes Magos. Indudablemente, tal ha sido la sorpresa mayor del año para empresarios y beneficiarios. Una sorpresa que parece única, pero que no ofrece garantía alguna de serlo efectivamente.

Esto habrá de decirlo el tiempo, cuyas medidas suponíamos tan exactas como las del sistema métrico decimal. De ahora en adelante, ni en tales instituciones podrá creerse. Nadie está libre de que cuando cuenta con un año de doce meses, o de 365 días, se encuentre después con que, para ciertos efectos presupuestarios, se ha estirado de la noche a la mañana, hasta alcanzar trece meses o 386 días con la misma facilidad que tienen para encojerse hasta 600 o 700 kilogramos las toneladas de carbón.

Al margen de las razones, seguramente poderosas, que inspiraron la resolución de alargar el año a efectos remuneratorios, es inevitable pensar en las consecuencias de la incertidumbre que proyecta sobre la duración efectiva de los años futuros. Hasta ahora, la teníamos por intangible, por inconmoviblemente ouajada en la serie, coloreada y fugaz, de sus doce meses. Desde ahora la duda hamletiana comienza a cubrir hasta la tasada fronda del calendario.

M A R E I R O